

¿Por qué lo llaman *crisis* cuando es *estafa*?

INDECENTES

Crónica de un atraco perfecto



Ernesto Ekaizer

Una crónica de la disolución ética y de la desfachatez moral que ha llevado a España y a Europa a una crisis sin precedentes y que señala a sus autores intelectuales, económicos y políticos.

La burbuja del dinero fácil facilitó el frenesí especulativo de una España onírica. Todo parecía estar atado y bien atado para siempre... hasta que el sistema capitalista protagoniza el bandazo histórico actual. En esta curva violenta, tan peligrosa como prolongada, se ha caído toda una realidad. Ya nada volverá a ser no tanto lo que era sino lo que parecía ser.

Hay muchas indecencias. La más obvia: la de la corrupción y el pillaje. Pero la más seria, la más profunda, con su secuela económica y social, es la otra, la crisis del sistema. Una crisis en la que aquellos que han sembrado las condiciones para el estallido de la misma (banqueros, políticos, empresarios, especuladores, bancos centrales), son los que actualmente, en una espectacular jugarreta del destino, dictan la hoja de ruta para salir de ella, una hoja en la que "no hay alternativa" si no es pasar factura a los de siempre. Una estafa sobre la estafa. La estafa de la salida de la crisis sobre la estafa de la crisis misma.

Ernesto Ekaizer va hilando esta crónica con información de primera mano, en gran parte inédita, a la que ha tenido acceso a través de entrevistas y debates en varios países a lo largo de los últimos años. El cuadro que se expone ante el lector apunta a quienes pudiendo haber tomado medidas a tiempo, se zambulleron en la euforia: unos por intereses, otros por servilismo y los demás por ignorancia.

A Sílvia

Agradecimientos

La perseverancia de un editor con el cual había trabajado hace ahora exactamente diez años ha hecho posible este libro. Por ello, el primer reconocimiento va para Santos López, quien a lo largo de varios años ha mantenido la guardia. El que la sigue, Santos, en efecto, la consigue.

Muchas personas han accedido a aportar al autor su recuerdo sobre los hechos que cobran vida en esta obra. A menudo se olvida o desconoce hasta qué punto los actores principales o secundarios de los episodios nacionales e internacionales suelen retener en su memoria conversaciones, discusiones, llamadas telefónicas, anotar diálogos, conservar emails. La técnica de repetir las mismas preguntas, con espacio de tiempo razonables entre una y otra, y quizá una tercera entrevista, permite poner a prueba la firmeza de las versiones, aclarar contradicciones y completar el trabajo de depuración.

El autor agradece a las personas que aceptaron contestar las múltiples preguntas, sobre contenido, forma y detalles, y aclarar los hechos en la medida de lo posible.

En este reconocimiento, el autor ha sabido apreciar la información aportada por periodistas nacionales y extranjeros en los medios de comunicación que han cubierto y siguen cubriendo los acontecimientos que aquí se narran.

Prólogo

El Gobierno de España ha cambiado en diciembre de 2011, pero la receta económica contra la crisis sigue siendo, con una diferencia de dosis, la misma: la austeridad fiscal. El estallido de la mayor burbuja de precios de activos en la historia contemporánea de este país y una de las más grandes del mundo desarrollado se está «combatiendo» desde hace ahora dos años con una medicina autodestructiva.

Mariano Rajoy ha presentado, en la oposición y en la campaña electoral de 2011, las dificultades para superar esta Gran Depresión española como consecuencia directa de la desconfianza de los mercados financieros, los inversores y la mayor parte de las instituciones internacionales en el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero. Un Gobierno que, según decía el entonces líder de la oposición, al iniciar el ajuste en mayo de 2010, no actuaba «por convicción» sino por imposición exterior.

Por ello, en cierto modo, sus propuestas antes de llegar a La Moncloa pueden ser calificadas como un programa de economía vudú. Unas medidas que impulsadas por la sola llegada del Partido Popular al Gobierno conseguirían por arte de magia frenar la crisis e iniciar la recuperación.

Hay dos Marianos Rajoy. El de aquellos días de la oposición y el actual. El poeta romántico británico John Keats escribió en su última carta: «Tengo la sensación habitual de que mi auténtica vida ha pasado y de que estoy llevando una existencia póstuma». Una vida política de Rajoy claramente ha pasado. Aquella en la cual, según aseguraba, so-

lo su sentido común de gobernante haría retroceder la crisis.

La crónica que el lector tiene ante sí es la crónica del desastre económico y social de un sistema que en varios países, pero especialmente en España, necesitó crear, para seguir funcionando a pleno rendimiento, es decir, acumular beneficios, la gran burbuja especulativa de la vivienda. Y es la crónica de cómo el progresivo desarrollo de esta crisis corroe a un Gobierno y a su presidente, hasta precipitar, de facto, su caída bajo la forma de una espectacular derrota electoral, al tiempo que encumbra a otro Gobierno y a su presidente, que defienden dosis mayores de la misma medicina.

Ahora bien, está la responsabilidad de los políticos y está la de las instituciones que regulan el funcionamiento del sistema financiero, que es el centro nervioso de la economía capitalista. Estas instituciones, como el Banco de España, cuya experiencia en la gestión de la crisis bancaria de este país, durante los años setenta y ochenta del siglo pasado, resultaba de extraordinario valor para saber qué hacer frente al nuevo escenario, se sumaron a la fiesta.

Mientras sonaba la música, el Banco de España, que debería haber ejercido el papel de director de orquesta, los bancos y cajas no se resistían a bailar. A sabiendas de que cuando se hiciera el silencio, es decir, se cortara el grifo de la liquidez, la situación ya sería muy difícil de controlar. ¿Quién mejor que el Banco de España podía saberlo? El Banco de España no es que mirara para otro lado. Con su cooperación necesaria, las entidades financieras españolas, en busca del aumento de rentabilidad, se endeudaron ellas mismas y promovieron el apalancamiento de familias y empresas a continuación.

Estas instituciones, como el Banco de España, en lugar de desactivar riesgos acumulados a lo largo de muchos años, han alentado con su conducta la apuesta por unos créditos que llevaban implícitos la posibilidad de un estalli-

do. Tenían los medios para controlar la situación. Y no los han utilizado. Le han fallado a la sociedad. Las consecuencias de este fallo son tan devastadoras como irreparables.

¿Solo cuándo la marea baja se sabe quiénes se «forraron» en esta orgía? No. Se sabía antes. Algunos de nuestros millonarios ocasionales se subían a los rankings de fortunas mundiales. Otros, políticos y ejecutivos avispados de cajas de ahorro y Comunidades Autónomas, se aplicaron al saqueo y al pillaje, con sus sueldos y *bonus*, desde el comienzo. ¡Que la indecencia de todos nos valga!

A la hora de escribir estas líneas, España, con una deuda exterior neta, pública y sobre todo privada, de un billón de euros, o el 95 por ciento del PIB, volvía, como en mayo de 2010, agosto y noviembre de 2011, a ponerse a merced de los mercados financieros.

Unos mercados y unas instituciones que están refundando la moneda única. Que nos recuerdan que al fin y al cabo «el euro era y es esto».

Primera parte

1. «Vehículo de inversión estructurado»

A la hora de viajar hacia el principio de esta crisis, me pregunto por el papel que juega el azar. Qué hubiera pasado si alguien, después de ver el programa de la televisión británica BBC, *The Last Laugh Show* («El show de la última risa»), protagonizado por los humoristas John Fortune y John Bird, hubiese tomado una decisión estratégica: enviarle el *link* (enlace) al presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero. ¿Muy tarde? El programa se emitió el 14 de octubre de 2007 y, aunque con un humor exquisito del que solo los británicos quizás sean capaces, se tomaba muy en serio las consecuencias de los primeros grandes síntomas de la crisis en Estados Unidos, en agosto de 2007. En España estábamos en precampaña. Las elecciones se celebrarían el 9 de marzo de 2008.

No conocí el programa hasta las Navidades de 2007 y fue a través de un email. Antes de irme a la cama, en la madrugada del 25 de diciembre, decido abrir el ordenador. Clavo la mirada en un correo que viene de fuera. Es de Roberto Dañino Zapata. Exprimer ministro de Perú. Vive entre Washington y Lima. Roberto, de 61 años, abogado peruano, fue «principal asesor jurídico» y vicepresidente del Banco Mundial. La traducción del email en inglés enviado por Roberto, ahora vicepresidente de Hochschild Mining, empresa minera de metales preciosos con actividad en Perú, Chile y Argentina, dice:

«Queridos todos: Esto es solo una rápida nota para desearos un muy feliz y saludable 2008. Para que lo

comencéis con un enfoque adecuado he aquí mi regalo de Navidad: un profundo análisis de uno de los asuntos más relevantes del año que estamos por cerrar. Como siempre, todo lo mejor para vosotros y vuestras familias.

Roberto»

<http://www.dailymotion.com/swf/k2GEzYKbvl-P6IUHSp>

Tengo mucha curiosidad. Pincho. Es un programa de la televisión británica. *The Last Laugh Show*. Un diálogo entre dos veteranos humoristas. John Fortune entrevista a John Bird, que se presenta, bajo el nombre de George Parr, como banquero:

—George Parr, tú eres un banquero de inversiones, ¿no es así? —Sí, lo soy. —Y como tal tienes tu dedo sobre el pulso del mercado financiero. —Sí, en gran medida sí. —Y durante el verano ha habido mucha turbulencia y... —Volatilidad en el mercado... tremenda... tremenda. —Y volatilidad. ¿Qué ha causado eso? —Tienes que entender un par de cosas sobre el mercado.

Una es que está formado por gente de lo más aguda y sofisticada. Las mayores cabezas del mundo. Y la otra es que está dirigido por sentimientos.

—¿Y eso qué significa?

—¿Qué significa?... Todo está yendo normalmente y, de repente... una de esas personas agudas y sofisticadas se lleva la mano a la cabeza y profiere un alarido: ¡Dios mío, lo hemos perdido todo! ¿Qué vamos a hacer? Y lo repite una y otra vez...

—¿Salto por la ventana? —¿Salto por la ventana? ¿Saltamos todos? —¡Vende! —¡Vende! Precisamente... Y entonces algunos días más tarde esta misma persona aguda y sofisticada dice: «Creo que todo va bien. Sabes, creo que somos ricos».

—Somos ricos... Compra, compra, compra.

—Compra, compra, compra, sí. Y a esto lo llamamos el sentimiento del mercado... —Pero, bueno, estamos exagerando un poco, ¿no? —No estoy muy seguro, en agosto, a mediados de agosto pasado, cuando la Bolsa de Londres se desplomó, una firma muy reputada, State-Street Global Market, sacó un comunicado en el que decía, y la cito: «Los agentes del mercado no saben si comprar por el rumor y vender por la noticia, hacer lo opuesto, hacer ambas cosas, o no hacer ninguna en función de la dirección del viento».

—¿Y estos son los análisis rigurosos por los cuales se pagan sueldos fabulosos?

—Sí, exacto. Y algunos días después, con la mejora de la situación, tras la subida de la Bolsa, un alto cargo de ABM —Amro Morgan dijo, y le estoy citando, «Volvemos a los días felices».

—Bueno no hay dinero que pague esa sabiduría madura...

—Ciertamente... Esa gente recibe millones de dólares en *bonus*.

—Por supuesto.

—Vamos a la crítica situación del verano pasado. ¿Cuáles son las causas reales de la volatilidad del mercado?

—Sí...

—Especialmente en Estados Unidos, donde se han concedido abundantes créditos hipotecarios a gente que no puede pagarlos y cuyas propiedades están perdiendo valor.

—Sí, son las hipotecas *subprime*.

—*Subprime*, sí. ¿Cómo ha funcionado esto?

—Imagina, si puedes, a un negro desempleado en camiseta calada sin mangas sentado en un porche derruido en Alabama, Estados Unidos. Y un hombre se le acerca y pregunta: «¿Te gustaría comprar esto antes de que se caiga? ¿Por qué no me dejas prestarte el dinero?».

—Y ese hombre que le propone eso, ¿es un banquero?

—Oh, no, no, no. Es un vendedor de hipotecas. Su sueldo depende completamente de la cantidad de hipotecas que pueda colocar.

—De modo que su juicio para conceder estas hipotecas es totalmente objetivo. —Totalmente objetivo, sí. Absolutamente.

—¿Qué pasa después? —La deuda de esta hipoteca la coge un banco y la «empaqueta» con un montón de otras deudas similares... —Sin entrar demasiado en los detalles acerca de lo que hay dentro...

—Sin entrar en ningún detalle. Es muy aburrido. Entonces, como te decía, se pone todo en un paquete de deuda y se lleva a Wall Street. Y entonces ocurre algo extraordinario. En cierto modo este paquete de deudas de alto riesgo deja de ser un paquete de deudas de alto riesgo y se convierte en lo que llamamos un «Vehículo de Inversión Estructurado».

—Un SIV...

—Sí, un SIV. Exacto.

—Yaveo... Y entonces alguien como tú va y lo compra.

—Sí, lo compro. Y llamo a alguien en Tokyo y le digo: «Mira, tengo este paquete, ¿quieres comprar?». Y me pregunta: «¿Qué hay en él?». Le digo: «No tengo la menor idea». Y me dice: «¿Cuánto quieres?». Le digo: «Cien millones de dólares». Y dice: «Vale». Y ya está. Esto es el mercado.

—Y, presumiblemente, eso puede pasar varias veces con el mismo paquete.

—Sí, puede pasar.

—Y cada vez que se haga la operación por supuesto tú, o alguien como tú, sacará beneficios de ello. —Claro. No puedes esperar que se haga por nada. Es un trabajo duro. —Como en esos paquetes hay deudas de alto riesgo, ¿qué es lo que atrae a los inversores para tomar riesgo en ellos?

—Es que todos esos fondos especializados en esas deudas, los llamados *hedge funds* o fondos de alto riesgo, tie-

nen muy buenos nombres.

—Quieres decir que son de firmas responsables.

—No, no tiene nada que ver con la reputación. Tienen realmente muy, muy buenos nombres. Los nombres que llevan son muy buenos. Te daré un ejemplo. Hay una firma americana muy conocida de Wall Street llamada Bear Stearns que tiene dos fondos especializados en la deuda de estas hipotecas que perdieron tanto dinero, que han perdido tanto valor, que Bear Stearns anunció que tendrían que inyectar 3.200 millones de dólares para mantenerlos a flote...

—¿3.200 millones de dólares?

—Sí, 3.200 millones de dólares. Y aún así los inversores no podrían obtener dinero de él. Y se anunció que tendrían que dejar caer estos fondos. Uno de esos fondos se llamaba Fondo Estratégico de Crédito Estructurado de Alta Gama. El otro se llamaba Fondo Mejorado de Apalancamiento de Crédito Estructurado de Alta Gama.

—Bueno, suena muy bien, ¿no?

—Sí. Ahí está la magia del mercado. Lo que empezó con unos miles de dólares de un negro que vestía una camiseta calada sin mangas en Alabama se convirtió en un Fondo de Apalancamiento de Crédito Estructurado de Alta Gama.

—Me gusta como suena. —Es bueno, suena muy fiable. Tiene buenas palabras.

«Alto». —«Alto» es bueno. En cualquier caso es mejor que «bajo». —Sí. Absolutamente.

—Y «estructurado». Otra palabra buena. —Muy buena.

—Y «mejorado». —Me encanta «mejorado». Compraría cualquier cosa que pusiera «mejorado». —Sí. Quizá la historia fuera otra si se llamase Fondo del Negro Desempleado en Camiseta, pero...

—Sí, porque entonces levantaría algunas sospechas. Pero a pesar de estos nombres tan plausibles seguramente la

realidad es que toda esa gente que ha prestado ese dinero ha sido increíblemente estúpida...

—Oh, no. Lo estúpido es que a alguien se le ocurriera en cierto momento preguntar: «¿Cuánto valen realmente esas casas?».

—Eso fue lo estúpido... —Si no lo hubiera hecho, todo hubiera seguido siendo perfectamente normal. Pero desgraciadamente lo hizo. —Ya veo. Pero mira, ahora la gente dice que la crisis puede provocar un colapso financiero. ¿Se puede evitar?

—Se puede evitar si los Gobiernos y los bancos centrales nos devuelven a nosotros los especuladores financieros el dinero que perdimos.

—¿Pero no sería eso recompensar la codicia y la estupidez? —No, no. Es recompensar lo que el primer ministro Gordon Brown llama el «ingenio» del mercado...

—Pero mira...

—No queremos ese dinero para gastárnoslo para nosotros sino para seguir en el mercado, comprando y prestando como siempre, como si nada hubiera pasado y no tener que pensar demasiado en ello...

—Bien, sí. Pero si pasara lo peor y no consiguierais ese dinero, ¿qué ocurriría entonces?

—Bueno, entonces... pues habría otro *crash* en el mercado y entonces te diría lo que la gente como yo siempre dice, que no somos nosotros los que vamos a sufrir sino tu fondo de pensión.

—Muchas gracias George Parr.

—Ha sido un placer.

2. Aterrizaje suave

Quizá si Zapatero hubiese recibido el enlace se lo hubiese pasado pipa en el salón de televisión de La Moncloa. Y acaso, quién sabe, también lo hubiese relacionado con lo que un año exacto antes había escuchado en medio del rugido del rotor de un vuelo de helicóptero entre La Moncloa y Ávila el martes 31 de octubre de 2006, la víspera de las elecciones autonómicas catalanas convocadas para el día siguiente, 1 de noviembre. En esa «jornada de reflexión» para Cataluña, el presidente del Gobierno quería aprovechar para lanzar un mensaje de cariño hacia la multinacional japonesa Nissan suscribiendo, ese día, nuevos acuerdos para la planta de Nissan en la Zona Franca de Barcelona. Y por esa razón en la fábrica de Ávila le aguardaba el presidente de la compañía, el mediático ejecutivo francés Carlos Ghosn. Acompañaba al presidente del Gobierno el ministro de Industria, Joan Clos, y un tercer hombre de tez cetrina y ojos azules, que estaba a punto de incorporarse al Gobierno. Y mira por dónde, de esos labios estaban por salir aquellas palabras que se podían relacionar con *The Last Laugh Show*. Con la crisis, vaya. Sí, fue así, y esta historia había comenzado un día antes. El lunes 30 de octubre. Fue cuando el presidente llamó al caer la tarde al que entonces era subdirector del Servicio de Estudios del Banco Bilbao Vizcaya Argentaria (BBVA), David Taguas, de 52 años. Sabía Taguas por su antecesor tanto en el BBVA como en la Oficina Económica del Presidente (OEP), Miguel Sebastián, que Zapatero le ofrecería el puesto de director de la OEP. De modo que Taguas, al escuchar la voz del presidente, le res-